

BARCELONA, TEATRO Y COMODIDAD

PAU MIRÓ

Després de l'estimulant Assaig Obert de l'any passat, Pau Miró va ser escollit per dirigir un muntatge de petit format aquesta temporada. I paral·lelament era un dels autors a qui s'encarregava un nou text teatral, a partir d'unes demandes circumstanciades: un western com a "gènere", la màfia com a tema. El resultat fou "Bales i ombres", i s'oferí a Pau Miró que dirigís l'obra resultant de l'encàrrec a Pau Miró. Durant tot aquest procés, i enmig d'una estada a Buenos Aires, se li va demanar un article sobre el teatre català d'ara mateix. El text següent és el resultat de la seva reflexió. Aparentment no parla massa de la gènesi o propòsits de la seva obra, però potser sí que en parla. I molt.

Buenos Aires, agost del 2005. Enmig d'un hivern no gaire cru, escric aquest article. És un article destinat a una revista teatral porteña; em demanen la meua visió sobre el panorama actual del teatre català. Degut a les meves limitacions intel·lectuals, escric el que ve a continuació.

Son las 9 de la noche y te estoy esperando en este **cómodo** departamento de Buenos Aires. De la calle, de la escalera, de todas partes, se oyen ruidos que yo interpreto como pruebas inequívocas de tu llegada. El motor de un coche que se para delante de la ventana (*el departamento está en un primero*), o la puerta de la escalera que se abre con impaciencia, o unos pasos que se parecen mucho a los tuyos y que suben directos hacia mí...

Bien, llevo 2 horas interpretando esa clase de ruidos y ninguno tiene relación contigo. Mientras te espero, trabajo. En la mesa del departamento tengo esparcidos libros con tragedias, Esquilo, Sófocles, Eurípides, también ojeo *La poética* de Aristóteles. Todo ese material sirve para mi último texto, un western, sí, un western para el teatro. Sé que no es el primero que se escribe, pero sí el primer western que yo escribiré, y eso me excita y me pone nervioso, pero de esos nervios buenos. He observado que un western tiene muchas similitudes con la tragedia clásica, sobre todo por el peso del destino en los personajes, también por lo de la venganza, y también porque los personajes son arquetipos, héroes y heroínas que arreglan una cuestión moral (*y digo moral y no moralista, por supuesto*).

A ver cómo pervierto todo esto... Calla, calla eco de mi pensamiento, calla, que ahora... ahora sí, unos pasos suben por la escalera... se acercan muchísimo a la puerta... unas llaves... y.... pues.... no, resulta que es el vecino.

Aprovecho esta nueva no llegada tuya para dejar de trabajar en el western y empiezo a pensar en el teatro que se hace en Barcelona y también en el que no se hace (*en qué cosas más raras me da por pensar*). El teatro que se hace en Barcelona, lo diré mejor, el teatro que se hace en Cataluña, pues resulta que... *Pausa*... Es difícil pensar algo concreto sobre un concepto abstracto, el teatro catalán es una etiqueta que engloba distintas tendencias y gustos. Tal vez, a mi entender, hay una característica común en el teatro catalán, y esa característica es la falta de riesgo. Se me ocurre otra frase: la falta de compromiso con la necesidad. Me parece que todo se está aburguesando muchísimo, y la culpa de eso (*recién terminé de leer Crimen y Castigo*) no es exclusivamente de las instituciones, que por su naturaleza política desarrollan políticas culturales que favorecen el conformismo ideológico y estético, pero bien, eso está en el abc de cualquier política cultural, por progresista que parezca. Creo que la responsabilidad debe repartirse a partes iguales entre todos los elementos que **participamos** del hecho teatral, intérpretes, directores, autoras, diseñadores escenográficos, diseñadoras de iluminación, etc...

A mi entender falta riesgo en las propuestas, sobra esa solemnidad mal entendida que lo tiñe todo de una rigidez excesiva y produce un grave y paulatino empobrecimiento de la imaginación en los escenarios catalanes.

Vivir en Barcelona para la clase media (*y eso que cada vez todo es más y más caro, y llegar a final de mes no es para nada fácil*) es una suerte de comodidades, como-

didades sin lujos pero también sin penurias. Y me parece que la gente que se dedica por lo general al teatro, es gente de clase media, en algunos casos media alta. Por lo tanto, tal vez sea demasiado obvio, pero de esas afirmaciones resulta una ecuación matemática cuyo resultado no es para nada complicado. Esa comodidad se traslada a los escenarios, y no se trata de una comodidad en la que se eludan temas sociales, o temas complejos: simplemente pasa que todos esos temas se tratan cómodamente, sin poner en duda la integridad del bienestar. Incluso esa falta de riesgo no es sólo temática, es también estética. Nada se pone en peligro en los escenarios catalanes. Y, bueno, no es que un país tenga que pasarlo mal para que en él sucedan movimientos teatrales interesantes, lo bueno sería aprovechar esa bondad que la historia otorgó a un determinado país en un determinado periodo de tiempo para que en él se produzcan extraños riesgos de profunda complicidad con el espectador, una suerte de desinhibición del ego creativo, sin tener demasiado en cuenta el “qué dirán”, el “qué esperan de nosotros”, o el “a qué tipo de público va dirigida nuestra obra” (*no creo que esas sean cuestiones exclusivas de un artista adolescente como yo, me parece un peaje común para altos y bajos, gordos y flacos*).

Hay que tomar los escenarios, ya que la televisión y la política huelen mal, para realizar actos de pura libertad de expresión, donde el juego y las reglas que cada artista concibe para su juego puedan escapar a la realidad idiotizada y ser el paradigma de un acto puro, simple y libre de comunicación.

Jugar, jugar y jugar, un juego de adultos. Un espacio donde se apueste por la inteligencia del espectador y se cuide a la imaginación colectiva e individual. ¿Esa tarea puede darse en el teatro? ¿Le pedimos demasiado al teatro? ¿Y no es todo más fácil?

Qué raro, hace mucho rato que no oigo ningún ruido, ni en la calle, ni en la escalera. ¿Dónde estarás? Preparo un mate. Te esperaré mejor con el mate. Mientras caliente el agua sigo pensando en lo que pensaba, lo último que pensaba no lo pensaba demasiado, pues medio pensaba que pensaba en ti. Creo que dije algo, creo que trataba de decir cosas acerca del teatro que se hace en Cataluña, y me parece que dije que le falta riesgo y que todo es muy cómodo, y atribuí esa comodidad a la comodidad de la clase media catalana que es, a mi entender, la que se dedica al teatro en mi país. Y me gustaría añadir una cosa, en Barcelona cada vez conviven más y más distintas identidades de distintos puntos del mundo, pero eso no ha llegado, todavía, a los escenarios. Creo que en Cataluña, en el ámbito teatral, muchas veces se actúa a la defensiva, como creando un cerco al que es difícil acceder y en el que es muy difícil permitir que entren y salgan elementos “exteriores” que lo convulsionen, que lo transformen y que, por lo tanto, lo enriquezcan. Estaría bueno permitir el acceso y la mezcla de los talentos que no son genuinamente catalanes. Eso, lejos de poner en riesgo “no sé qué”, produciría una explosión renovadora y una suerte de avances en el campo teatral.

Siempre que he tenido la suerte de viajar por Europa, por Estados Unidos (Nueva York) y, por supuesto, por América Latina, tuve la sensación de que el nivel medio cultural de esos países era claramente superior al de España, y también al de Cataluña. No se trata de medir la cantidad de conocimientos básicos que pueda tener una persona u otra, se trata de la relación de ese individuo con la cultura. Me parece que en los otros países en los que estuve, esa relación es mucho más desprejuiciada, una relación adquirida desde la base y que nadie tiene que exhibir a cada momento. En Barcelona esa relación tensa con la cultura produce una solemnidad un tanto ridícula en algunas ocasiones, exhibicionista en otras; como aquel autor que escribe un artículo para una revista teatral y al principio de ese artículo se presenta contando qué libros hay esparcidos en su mesa, de tragedias. Por ejemplo, como para decir: leo cosas importantes, voy a decir cosas importantes. Pues esas cosas pasan en Barcelona, supongo que en todas partes, pero en Barcelona me matan de la risa. Ni que decir tiene que los 40 años de Franco, ese dictador bajito al que tanto le gustaba fusilar y que sólo tuvo una buena idea en toda su vida, la de morirse, significaron en el ámbito cultural un apagón de consecuencias todavía hoy palpables en el quehacer cultural (*aislamiento*).

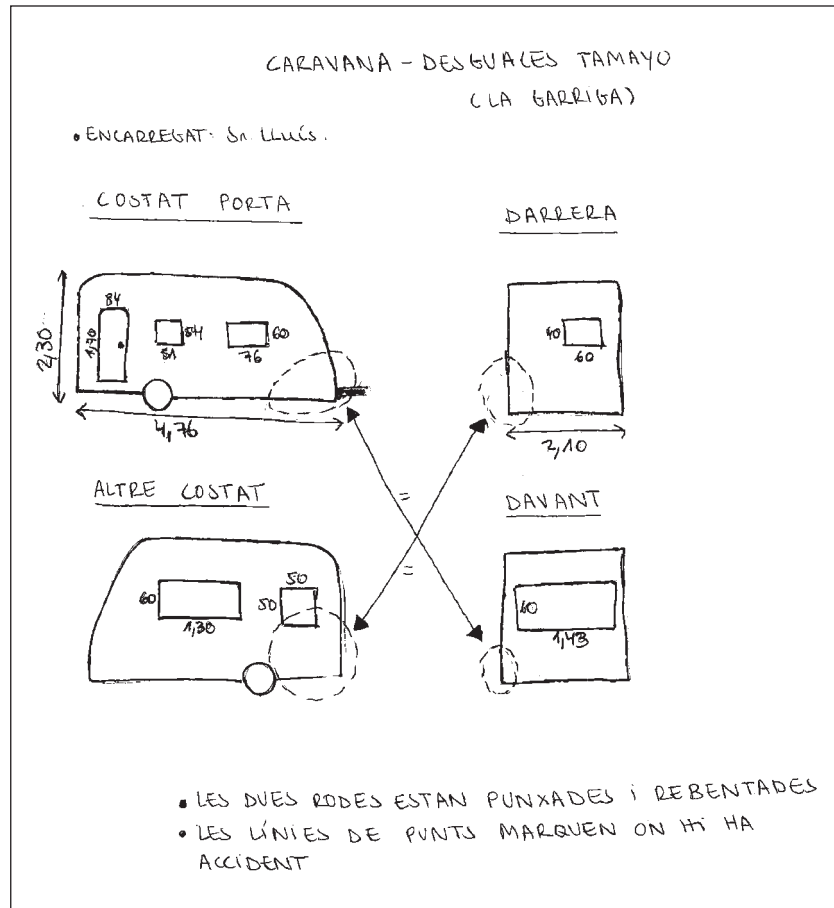
Bien, basta de hablar mal de mi casa, que tanto me dio y que tanto me da. Ahora digo cosas “positivas” que sin duda y por suerte también existen.

Me ciño al ámbito teatral, una vez más. La dramaturgia catalana tiene la suerte de permitirse una serie de iniciativas institucionales que respaldan a los nuevos dramaturgos. Por supuesto que esas iniciativas son mejorables, pero ahora toca hablar de lo bueno. En ese sentido se puede decir que las iniciativas institucionales llevadas a cabo por el Teatre Nacional, el Teatre Lliure o, por ejemplo, el Institut Ramon Llull, son iniciativas que sin duda producen y producirán resultados a corto y a largo plazo. Pero si hay una iniciativa que destaca entre todas las otras, es la que se da en la Sala Beckett de Barcelona.

La Sala Beckett, aparte de ser una sala de teatro alternativo de Barcelona, es también un núcleo de formación de la nueva dramaturgia catalana. En Barcelona hay salas comerciales, teatros institucionales, salas alternativas y, por suerte, cada vez más salas *off*, como el Antic Teatre, por ejemplo.

La Sala Beckett tiene una capacidad de 90 espectadores y una línea artística de programación coherente ya desde sus inicios. Aparte de la sala de exhibición, la Sala Beckett abre hace 2 años un espacio, *L'obrador*, en el que se imparten seminarios de dramaturgia de alto nivel. *L'obrador* sigue el compromiso pedagógico que desde hace ya muchos años adquirió la Sala Beckett, y por qué no decirlo, iniciativa que se debe en gran parte a Sanchis Sinisterra, fundador de la Sala y de tantas y tantas cosas.

Tuve la suerte de formarme en la Sala Beckett y en *L'obrador* como dramaturgo, y en esa formación conocí, en algunas ocasiones, a grandes personas que además eran grandes maestros. Y no es una afirmación gratuita. A forma de titulares puedo mencionar algunos nombres y algunas reflexiones que me facilitaron.



Aquest dibuix va fer-lo l'Alicia Gorina, la productora, l'excel·lent productora, de Bales i ombres. Necessitàvem una caravana per a l'espectacle i vam visitar alguns desguassos. Aquest dibuix és el record de la primera visita: l'Alicia va deixar-se la càmera, i d'alguna manera ens havíem de comunicar...

De Carles Batlle aprendí: La vigència y la utilidad de tener siempre a mano *La poética* de Aristóteles.

De Sergi Belbel: Aparte de sus ejercicios de escribir a la forma de... también asistí a un curso de traducción en el que aprendí el valor que tiene cada palabra, cambiar una palabra es cambiarlo todo.

De Sanchis Sinisterra (*maestro de maestros*): Todo, de él aprendí todo lo que sé. Y luego, la importancia de tener en cuenta al receptor implícito, cómo recibe la información, en qué dosis se da la información y qué se consigue con esa dosificación.

De Xavier Albertí (*uno de los pocos sabios del país*): La importancia de la coincidencia entre la ideología interna y la ideología externa en un texto, la forma sirve al contenido y el contenido a la forma.

De Javier Daulte: Aprendo cada día, y mucho y tanto. Cada vez que leo o veo una obra suya. Muchísimo. El teatro es un juego, basta de prejuicios, hay que comprometerse con las reglas de ese juego, hay que convertirse en grandes jugadores. La emocionalidad, cómo domina Javier los "mecanismos" de lo emocional.

De Martin Crimp: Que la precisión en el uso de la palabra es fructífera para generar ricas y complejas situaciones.

De Juan Mayorga: Que un dramaturgo es como un pintor, que hasta los personajes son pintores que pintan paisajes y pintar un paisaje es pintarse a uno mismo.

A mí lo que me interesa es el G. A. M.

En la calle sigue sin haber ni un ruido, en la escalera menos, es evidente que tú sigues no llegando y yo sigo sí esperando, **cómodamente**, por supuesto.

Pausa larguísima

¿Y por qué no...? Me dirijo al baño. En el baño me despeino. Me desarreglo. Me dirijo al armario. Me abrigo. No me lo creo. Salgo del departamento. No regresaré muy tarde, por si tú apareces, claro que tal vez... ■